

El propósito que me animó a la recopilación y edición de este nuevo libro¹ colectivo sobre el Norte de México es el mismo que compartí con el doctor Francisco de Solano en 1991 y abordé en solitario en 1999 y 2000:² la necesidad, desde una perspectiva interdisciplinaria, de hacer avanzar la investigación y la reflexión histórica sobre el gran espacio conocido por los aztecas como el *chichimecatlalli*, por los españoles como las provincias nortañas y por los mexicanos como el Septentrión o el Norte. A estas denominaciones se les podían agregar otras muchas, como Tierra Adentro (para diferenciarla de la Tierra Afuera ya colonizada), el Gran Norte, la Gran Chichimeca, Aridoamérica, Oasis América, etcétera, lo que demuestra que estamos ante un inmenso territorio de límites imprecisos que incluye varios sistemas geográficos y culturales, cuyas fronteras se expanden y contraen en virtud de la evolución histórica y los enfoques académicos, que implican la presencia constante de cambios interpretativos. En este enorme teatro se produjeron múltiples procesos y encuentros entre culturas, para cuyo estudio sigo creyendo en la labor conjunta de los profesionales de varias disciplinas y de diferentes universos académicos, por más que el mundo editorial nos anuncie con cuentagotas la aparición de monografías hercúleas que hacen avanzar el conocimiento a pasos agigantados.³

En esta ocasión, desde un puesto académico consolidado y generoso en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas⁴ he podido convocar a varios historiadores y

1 Este libro se enmarca en el proyecto: "Las fronteras y sus ciudades: herencias, experiencias y mestizajes en los márgenes del imperio hispánico (s. XVI-XVIII)" (HUM2007-64126) que estará vigente los años 2008, 2009 y 2010. El proyecto está dirigido por el Dr. Bernabéu Albert.

2 Solano y Bernabéu, 1987; Bernabéu, 1999; Bernabéu, 2000.

3 Me gustaría resaltar las últimas obras de dos grandes historiadores: Cramaussel, 2006 y Weber, 2007.

4 En la EEHA he recibido la ayuda y el aliento de varios compañeros del Seminario Permanente "Construcción de fronteras en los mundos ibéricos", como Consuelo Varela, Berta Ares, Eleonora Poggio, Juan Gil y Justina Sarabia. En las correcciones y en el diseño del libro he contado con la colaboración de Francisca Moya y Juan Carlos Martínez. A todos ellos les doy las gracias.

antropólogos a reflexionar conjuntamente sobre las grandes dificultades para acercarnos a la realidad del mundo indígena y colonial, y el freno que supone la persistencia de diferentes mitos historiográficos. El resultado final: el libro que tienes entre tus manos contiene trabajos presentados y debatidos en diversos foros académicos entre los años 2006 y 2008, y últimamente dispuestos para su edición en el seminario permanente *Construcción de fronteras en los mundos ibéricos* que coordino en la citada institución hispalense, cuyos miembros forman parte, junto a otros investigadores europeos y americanos, del proyecto científico “Las fronteras y sus ciudades: herencias, experiencias y mestizajes en los márgenes del imperio hispánico (siglos XVI-XVIII)” (HUM2007-64126). Gracias a la generosidad de los autores, procedentes de México, Estados Unidos, Francia, Alemania y España, hemos podido diseñar este volumen que he titulado, tras algunos descartes, *El Gran Norte Mexicano: indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*.

La evocación al mito en el título tiene una doble perspectiva. Por un lado, recuerda la importancia de los *mitos* clásicos en el impulso descubridor y colonizador de los españoles. La búsqueda de la fuente de la eterna juventud, que hunde sus raíces en el ciclo homérico de los argonautas, acompañó a Juan Ponce de León y a Hernando de Soto en sus exploraciones a La Florida entre 1512 y 1539; las fieras Amazonas fueron el señuelo que empujó a las tropas de Nuño de Guzmán y Hernán Cortés a ascender por el litoral noroeste, protagonizando este último en el puerto de La Paz, en la Baja California, uno de los episodios más desastrosos de su biografía al no poder remediar la falta de alimentos y evaporarse las supuestas riquezas que estaban repartidas por toda la isla; y, por último, las siete ciudades de Cibola y Quivirá, fundadas por siete obispos ibéricos que huyeron con el desembarco de los moros en la península ibérica y que, al no ser encontradas en las aguas atlánticas, los conquistadores las buscaron afanosamente en las áridas planicies del Norte para alucinar a fray Marcos de Niza en 1539 y desilusionar a Vázquez de Coronado en 1542.

Estos relatos, entre otros, pertenecen al ciclo de mitos y utopías del Descubrimiento de América que, a menudo, se ha abordado desde una perspectiva occidental, hispánica, actualmente superada por los nuevos estudios revisionistas que defienden un protagonismo creciente del mundo indígena a todos los niveles y ámbitos del pasado norteño. En consecuencia, el mito de las siete ciudades de Cibola estaría relacionado con las siete

cuevas de donde habrían partido los aztecas en peregrinación hasta llegar al valle de México; mientras las amazonas tendrían relación con otro mito prehispánico, pues los aztecas denominaban al occidente *Cihuatlampa*, esto es, “hacia el lugar de las mujeres”. De esta forma, se ratifica la influencia de los mundos simbólicos y representaciones indígenas en los discursos de los conquistadores.⁵

De igual manera, los nuevos estudios intentan superar la tradicional incapacidad de acercarnos al indígena norteño, abandonando la mirada compasiva, severa, denigratoria y estereotipada de los discursos occidentales. Miradas que también se han extendido a otros pobladores: negros, chinos, mestizos y blancos. En la actualidad, una historiografía renovada dibuja un Norte complejo, de fronteras móviles, con pueblos indios que se mueven, mezclan y retan a los reales mineros, ranchos y poblaciones hispanas. Los estudios, donde se impone la interdisciplinarietà, apuestan por unos indígenas que supieron adaptarse, resistir y negociar las imposiciones de un cambio cultural extraño, del que lograron extraer algunos elementos, prácticas y estrategias. El proceso fue a menudo violento, entre otras cosas porque la violencia y la guerra dominaban la vida de los indios del Norte antes de la llegada de los españoles. Los contactos entre estos últimos y los naturales, como demuestran algunos de los ensayos que forman parte de este libro, están preñados de situaciones y posturas muy diversas, que desmienten los discursos positivos o negativos.

En esta línea, el libro se abre con un texto de Christophe Giudicelli, gran conocedor de las rebeliones indígenas de la Nueva Vizcaya, quien analiza cómo la multiplicación de los conflictos indios en el siglo XVII —que contrasta con la paz armada de la segunda mitad de la centuria anterior— obligó a las autoridades a recatalogar a ciertos grupos de indios como *rebeldes* o *enemigos*, pues esos alzamientos se produjeron en provincias que ya se consideraban ocupadas y pacificadas. Siguiendo con una larga tradición occidental de clasificar al *otro*, que ha estudiado magistralmente François Hartog,⁶ Giudicelli coincide en la fascinación de los españoles por los hombres y mujeres que encontraron en las llanuras y montañas del Norte, los que fueron retratados por militares, oficiales y misioneros como en un espejo en negativo, siguiendo el método empleado

⁵ Levin Rojo, 2006.

⁶ Hartog, 1999; Hartog, 2003.

por Herodoto con los escitas. El esfuerzo de Giudicelli consiste en descifrar el proceso por el cual algunos gentilicios fueron desterritorializados y lexicalizados hasta convertirlos en sinónimos de *indios de guerra*, paso previo para declararles la guerra, esclavizarlos o exterminarlos. Para ello se siguieron dos etapas: primero, el despojo de los valores políticos y culturales de los indios, convertidos en bárbaros, y, en segundo lugar, el encasillamiento de las diferentes *naciones* según su relación con los españoles, convirtiéndose el Norte en un gran tablero de ajedrez —*reja de control colonial*, en palabras del autor—, donde las autoridades cambiarían el color (blanco: bueno y negro: malo) de las figuras según sus intereses. Uno de los casos que ilustra su propuesta es el de los tepehuanes, que pasaron de pacíficos y colaboradores a encarnar el colmo de la ferocidad. A ellos les seguirían en maldad los salineros y tobosos, preeminencia que les fue arrebatada, ya entrado el siglo XVIII, por los tan temidos como *re-creados* apaches.

Centrándose también en la Nueva Vizcaya, pero sólo durante la centuria ilustrada, la investigadora argentina Sara Ortelli disecciona y contextualiza los informes, cartas, relaciones y otros escritos elaborados por las autoridades de la provincia en el segundo estudio, titulado *Guerra y pacificación en las fronteras hispanoamericanas coloniales*. Sus conclusiones son de gran interés, pues descubre que, durante las cuatro décadas de guerra contra los apaches (1748-1790), tanto los encuentros armados como la violencia generalizada fueron conceptos incentivados o exagerados por los militares, hacendados y mercaderes vinculados con la frontera para mantener el *statu quo* frente a los cambios que propusieron introducir los reformistas borbónicos. Los planes de traslado o desaparición de algunos presidios, como resultado de los informes y visitas patrocinadas por reyes y virreyes, provocaron la redacción y envío a las cortes de México y Madrid de una gran cantidad de relaciones y cartas en las que se magnificaban los ataques y robos de los apaches con el fin de que las cosas quedaran en la frontera como siempre.

Un segundo aspecto que aborda Sara Ortelli es la pacificación de los grupos apaches hacia 1790, que la historiografía tradicional ha explicado por la eficacia de las nuevas políticas ensayadas por los monarcas de la Casa de Borbón. Una verdad a medias, pues si bien las nuevas estrategias de convivencia dieron sus frutos (como los *establecimientos*, que se analizarán en el trabajo siguiente), no menos efectivas fueron otras medidas como el control de los vagabundos, la persecución sistemática de malhe-

chores y fugitivos y la captura de desertores y ladrones. Como reconoció el comandante general Felipe Neve en 1784, muchos de los robos y actos violentos que se atribuían a los apaches eran realizados por cuadrillas formadas por mulatos, mestizos, españoles e indios prófugos de las misiones, quienes incluso llegaron a disfrazarse de apaches para atacar a los viajeros y a las haciendas. En consecuencia, la tradicional ferocidad del pueblo apache debe mucho a estas bandas, acusadas de infidencia, que fueron perseguidas con éxito por las autoridades novohispanas.

Relacionado con este tema, el historiador norteamericano Matthew Babcock completa, en cierta forma, el ensayo elaborado por Ortelli al preocuparse por lo sucedido con los apaches a final de la década de los ochenta y principios de los noventa del siglo XVIII. Rompiendo con el tópico repetido en numerosos libros y artículos anglosajones de que las relaciones de los apaches con los españoles fueron poco significativas, el autor examina los motivos por los que algunos grupos de mescaleros, chiricahuas y apaches aceptaron el vivir en un tipo de reservas que las fuentes denominan *establecimientos* durante más de cuatro décadas. Allí permanecieron en paz hasta que los jefes de los presidios (ya durante la etapa mexicana) dejaron de dar las raciones hacia 1831. Sobre las razones por las que estos nativos aceptaron vivir bajo el control español, Matthew Babcock apunta las siguientes: en primer lugar, la protección de los soldados frente a otros grupos indios enemigos; en segundo, los beneficios materiales del acuerdo (raciones y regalos) y, por último, la manipulación que los indios podían hacer del sistema para obtener otras ganancias y privilegios (comercio, recuperación de cautivos, información privilegiada que comunicaban a otros apaches no reducidos, etcétera). Entre las figuras interesantes que se estudian en este documentado capítulo sobresalen los *apaches de paz*, cuya labor de intermediación fue muy importante.

Para cerrar un primer grupo de trabajos centrados en el tema de las relaciones entre los españoles y los pueblos indígenas, la profesora Amy Bushnell se centra en el período hispano de la Florida, un territorio fronterizo que considera más próximo a Chile o las Filipinas que al resto de las provincias del Septentrión Novohispano. En la península que descubriese Ponce de León en la *Pascua Florida* de 1513, los regalos entregados por las autoridades de los presidios a las tribus indias posibilitaron las relaciones pacíficas y permitieron que España pudiese sobrevivir en un territorio con escasos alicientes de exportación, poco poblado y con numerosas deficien-

cias. Sin embargo, la Corona no abandonó esa península por su gran valor estratégico y por el mandato evangélico de extender el cristianismo a los pueblos que habitaban el Nuevo Mundo. Las elites españolas e indígenas tejieron relaciones de reciprocidad que la Corona financió mediante una partida específica que denominó “gasto de indios”. Esta partida permitió a las autoridades hispanas ganar y mantener aliados nativos durante largos años, que fueron empleados en las fortificaciones y como auxiliares en los conflictos bélicos.

Si en los últimos años el esquema clásico de enfrentamiento entre indígenas y españoles ha sido revisado, en gran medida a partir de la redefinición del concepto mismo de frontera, que ha comenzado a ser concebido como un espacio permeable, de negociación permanente, atravesado por hombres y mujeres que comercian e intercambian productos e información, símbolos y creencias, también las nuevas miradas hacia las misiones nos han deparado interesantes sorpresas.

En el capítulo “La invención del Gran Norte ignaciano: la historiografía sobre la Compañía de Jesús entre dos centenarios (1992-2006)” me ocupo de los trabajos y resultados de la Compañía de Jesús en el Noroeste del virreinato (Sinaloa, Sonora, Baja California y Nayarit), analizando la extensa historiografía aparecida en los últimos quince años, donde predominan las miradas apologéticas, reproductoras de un discurso autocomplaciente y defensivo que tiene su origen en el período colonial. Una de las causas de este largo reinado la encontramos en el predominio de las grandes crónicas, que se han leído y reproducido sin los suficientes análisis críticos. La contextualización de sus informaciones y el análisis de la documentación que se guarda en los archivos de medio mundo han permitido iniciar una historiografía más crítica y abierta a nuevos temas, como el papel del demonismo en la construcción del otro, la violencia diaria en las misiones y la crítica a los modelos ideales de misioneros, que han pasado a ser hombres de carne y hueso con sus debilidades y aciertos, subrayando cómo muchos de ellos incumplieron las normas, se enfrentaron a sus superiores e incluso huyeron de sus misiones o las utilizaron para negocios particulares. Además, el estudio de las *cartas annuas* y otros documentos jesuíticos han permitido conocer la tardanza de los padres de la provincia mexicana en emplearse en las lenguas indígenas y en ejercer su ministerio en las fronteras, lo que contradice el mito instaurado de considerar a todos los ignacianos como misioneros capacitados y disponibles.

INTRODUCCIÓN

En mi trabajo concluyo que la falta de microhistorias misionales suscita arduos problemas, pues impide acceder a discursos más equilibrados y realistas que las visiones laudatorias o negativas (misión/barbarie, occidentalismo/indigenismo). A menudo, multitud de memorias fragmentadas, singulares, son diluidas por los trazos gruesos con los que se han escrito historias estatales o provinciales. Hay un gran peligro de homogeneizar tanto a los misioneros como a los neófitos, tanto los éxitos como los fracasos. La mayoría de los biógrafos tradicionales de los jesuitas han exaltado las cualidades de los padres hasta convertir el Norte en un tierra de misioneros *gigantes*, quienes lucharon para defender a los indios de los funcionarios españoles, de la avidez de los mineros y hacendados, y de la ambición de los monarcas, ocultando que, muy al contrario, los misioneros fueron agentes de la Corona en los lejanos márgenes del imperio, y colaboraron con gusto en la expansión y consolidación de los linderos imperiales.

Uno de ellos fue el padre italiano Eusebio Chini, que estudia el investigador alemán Bernard Hausberger en el capítulo titulado “El padre Eusebio Francisco Kino, S.J. (1645-1771), la misión universal y la historiografía nacional”. Nacido el 10 de agosto de 1646 en Segno, Val di Non, en el Trentino, Kino ingresó en la Compañía de Jesús y llegó a México a principios de mayo de 1681. Tras participar en una malograda misión en California (1683-1685), fue destinado a la Pimería Alta, donde contribuyó a pacificar la región, explorarla y cartografiarla. Uno de sus logros más importantes fue constatar la peninsularidad de la California, aunque sus grandes proyectos geopolíticos de alcanzar el Canadá y la China quedaron en papel mojado. Su entusiasmo y astucia no evitaron que se convirtiera en una figura controvertida. Además de su polémica con Sigüenza y Góngora por temas astronómicos, tuvo muchos enemigos a lo largo de sus trabajos en la Pimeria, cuyos límites no logró traspasar. A pesar de ello, tras su muerte el 15 de marzo de 1711, fue elegido por la Compañía para protagonizar una efectista campaña publicitaria, que se inició con la obra *Apostólicos Afanes* (1754), en donde Kino fue exaltado por primera vez. Como señala el autor: “Nació, de esta suerte, un mito, el de un gran matemático y científico, que había renunciado a una gran carrera en Europa para servir a Dios y la fe, descubriendo nuevos pueblos y fundando misiones”. Bernard recorre la historiografía de Kino en varias naciones americanas y europeas y contrasta la utilización nacionalista del padre con el proyecto globalizador de los jesuitas, de los cuales Kino sería un destacado expo-

nente, si bien, al final de su vida, la Compañía de Jesús lo miró con recelo, como demuestran sus calificaciones en los catálogos elaborados por sus compañeros. Su afán de protagonismo, desmedida vanagloria y un ritmo acelerado de fundaciones, que muchos compañeros consideraban una carga para las finanzas del Instituto, le valieron duras críticas, como ha demostrado recientemente el ex-jesuita Gabriel Gómez Padilla en *Kino ¿frustrado alguacil o mal misionero?*,⁷ colección documental donde se encuentran opiniones negativas sobre el afamado y encumbrado Padre de la Pimería.

Cerrando el bloque dedicado a las misiones, la doctora duranguense Magallanes Castañeda revisa la producción moderna dedicada a las misiones jesuitas de la Tepehuana y la Tarahumara, territorios que pertenecían a la Nueva Vizcaya. El espacio que estudia es una zona escarpada, difícil de transitar y dominar, con inaccesibles montañas y profundos barrancos, donde estaban diseminadas numerosas misiones ignacianas. La autora analiza el desafío de la lengua y la vida cotidiana. Respeto al primero, destaca el enorme esfuerzo de los jesuitas, plasmado en diccionarios, catecismos y confesionarios, para lograr con eficacia la evangelización de tepehuanes y tarahumaras; y respecto al segundo, se centra en la importancia de la correspondencia personal de los padres para descubrir sus ilusiones y frustraciones. Otro grupo de libros se ocupa de la historia misional como parte del proceso colonizador, abordando aspectos políticos, económicos, étnicos y legales que explican la interdependencia y beneficio mutuo que se fraguó entre los religiosos y los neófitos, aunque no faltaron las rebeliones, que han sido estudiadas en numerosos trabajos en donde se destaca la iniciativa y el protagonismo de los indígenas en el reestablecimiento de sus antiguas formas de vida y costumbres.

En la actualidad, conocemos mejor tanto a los indios (gracias a historiadores, arqueólogos y etnógrafos) como a los jesuitas (contemplados como apéndices de una gran organización de poder y de reforma espiritual), y se abordan los trabajos con mayor conocimiento sobre los paisajes y los múltiples conflictos entre autoridades y colonos, si bien las investigaciones siguen debiendo mucho en la letra grande y en la letra pequeña a las crónicas jesuitas del Norte, como ya señalé, cuya lectura *educa* y *embauca* a los historiadores actuales con la misma fuerza que en los siglos XVII y XVIII.

7 Gómez Padilla, 2000.

Coincidiendo con la doctora Magallanes, José Refugio de la Torre Curiel, laborioso historiador de la Universidad de Guadalajara, ha señalado que el contacto de los tepehuanes y tarahumaras con los religiosos presenta nuevos ángulos de estudio en cuanto a los motivos, relaciones, composición étnica y dimensión política y religiosa, adentrándose “en terrenos antes intocables, como las alianzas de los grupos indígenas, las diversas formas de asentamiento, la composición demográfica y los movimientos de población que contribuyeron a la consolidación o desaparición de las misiones jesuitas. La hostilidad del paisaje y las características de los neófitos produjo la diversificación del modelo de evangelización y una nueva relación entre los religiosos y los indígenas se promovió, alejándose de la imagen del indio salvaje en las guerras y en las sublevaciones”.

En un amplio y documentado trabajo, titulado “La frontera misional novohispana a fines del siglo XVIII: Un caso para reflexionar sobre el concepto de misión”, el investigador De la Torre Curiel se pregunta a qué llamamos misión. Para responder a esta importante cuestión, analiza el desarrollo de éstas en el Norte desde el siglo XVI, aunque será la segunda mitad del siglo XVIII, con los cambios producidos por la salida de los jesuitas, el período privilegiado en su concienzudo ensayo. Tras estudiar los distintos territorios misionales que se establecen desde la Alta California al Nuevo Santander concluye que no hubo un proyecto único (no hay *misión* sino *misiones*) como resultado de las diferentes respuestas de las poblaciones nativas, las características de los diversos medios geográficos y las variadas bases logísticas y materiales con que contaba cada una de las órdenes que fundaron misiones en el Septentrión. En consecuencia, propone entender la misión como un hecho de poblamiento humano: “un proceso que se inicia con la creación y apropiación de un espacio por parte de los actores involucrados, y que se proyecta en el tiempo de manera diferenciada debido a la variedad de resignificaciones que los sujetos hacen de dicho espacio y como resultado de las modificaciones en el orden y los resultados de las fundaciones de que este espacio estaba investido”.

Tras estos dos bloques (relaciones indios-españoles y misiones/misioneros), el libro finaliza con dos trabajos diferentes pero totalmente implicados con las directrices del volumen colectivo. Patricia Osante, especialista en la historia del Noreste de México, estudia la figura del militar y empresario montañés José de Escandón, principal impulsor de la colonización del Nuevo Santander. Partiendo de sus orígenes y sus primeros traba-

jos en la Nueva España, destierra algunas afirmaciones repetidas en una historiografía demasiado sumisa a los documentos (como las numerosas campañas contra los indios que se le atribuyen sin base documental), y sitúa al personaje en una red de intereses de empresarios y políticos santanderinos o afectos a ellos que le ayudará a financiar y a hacer realidad el proyecto de colonización del Noreste. Según Osante, no es cierto que Escandón fuese el único que pusiera su dinero en la empresa (al contrario, recibió numerosos fondos tanto de la Corona como de un grupo de hombres prominentes del centro y del noroeste novohispano), ni sus finalidades se reducían a servir a Dios y al Rey, ya que con la apertura del puerto de Soto la Marina (1751) y la compra de varios barcos, los intereses comerciales del grupo montañés quedaron al descubierto, suscitando los recelos de muchos comerciantes mexicanos que aceleraron, finalmente, su caída.

Por último, Alfredo Jiménez Nuñez, antropólogo e historiador de larga trayectoria en el pasado de Guatemala y del Septentrión, analiza la idea del bárbaro en los escritores y políticos de la España de la Ilustración. La tarea, en sintonía con el interés despertado en estos últimos años en la comunidad científica por la historia de los conceptos, le sirve al investigador sevillano para realizar una amplia reflexión sobre las distintas maneras de concebir el entramado de relaciones entre indios y españoles, matizando los encuentros y desencuentros a lo largo de la época colonial. Entre sus numerosas reflexiones resalta las incomprensiones y los arraigados prejuicios, que han logrado sobrevivir, a pesar de los siglos, hasta la actualidad. Uniendo ideas y testimonios de diferentes épocas, protagonistas y lugares, a manera de un gran puzzle, el profesor Jiménez ahonda en la dificultad de las palabras y los proyectos (aculturación, etnia, raza, la Iglesia, la Corona, etcétera) para entender y controlar la otredad.

Los diez trabajos que siguen a esta introducción espero que tengan larga vida y que ayuden a los investigadores que se dedican al pasado prehispánico, colonial e incluso mexicano-estadounidense del Norte, que cada día crecen en cantidad y calidad. Nuevos centros, maestrías y licenciaturas inauguradas en los últimos meses, de Tijuana a Saltillo y de San Luis Potosí a Chihuahua, demuestran sin ambigüedades la importancia de la Historia y los historiadores en el mundo académico del Norte de México, justo cuando en otras latitudes crecen las dificultades para formar a nuevos investigadores. Por ello, creo que hay que apostar por un diálogo más estrecho y respetuoso entre los historiadores de adentro y de afuera, por una

INTRODUCCIÓN

puesta en común de las escuelas de ambos lados del Atlántico y por la creación de redes de información e intercambio que permitan que todos conozcamos en un tiempo prudente lo que se investiga y publica en los cientos de instituciones, departamentos y centros que hoy comparten la reflexión histórica sobre el Gran Norte. A todos nos corresponde seguir arrinconando mitos y construyendo un discurso histórico más crítico y ponderado. Una última llamada: por favor, sigan leyendo.

SALVADOR BERNABÉU ALBERT
(EEHA, CSIC)

BIBLIOGRAFÍA

- Bernabéu Albert, Salvador (coord.), *Historia, grafía e imágenes de Tierra Adentro. Nueve ensayos sobre el norte colonial*. Saltillo, Archivo Municipal de Saltillo, 1999.
- (ed.), *El Septentrión Novohispano: ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.
- Cramaussel, Chantal, *Poblar la frontera. La provincia de Santa Bárbara en Nueva Vizcaya durante los siglos XVI y XVII*. Zamora, El Colegio de Michoacán, 2006.
- Gómez Padilla, Gabriel, *Kino ¿frustrado alguacil o mal misionero?, Informe de Francisco Xavier de Mora S. J. al Provincial Juan de Palacios*. Guadalajara-Culiacán, Universidad de Guadalajara-El Colegio de Sinaloa, 2004.
- Hartog, François, *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1999.
- *El espejo de Herodoto. Ensayo sobre la representación del otro*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2003.
- Levin Rojo, Danna A., “La búsqueda del Nuevo México: un proceso demigratorio en la América Española del siglo XVI”, en Bonfiglioli, Carlo, Arturo Gutiérrez y María Eugenia Olavaria (eds.), *Las vías del noroeste I: una macrorregión indígena americana*. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2006, pp. 133-167.

Solano, Francisco de y Salvador Bernabéu (eds.), *Estudios (Nuevos y Viejos) sobre la frontera*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991.

Weber, David J., *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Barcelona, Crítica, 2007.